
Las semillas mantienen viva la sabiduría

Por Almendra Cremaschi, Anabel Marín y Patrick van Zwanenberg; Bioleft; Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET); Centro de Investigación para la Transformación (CENIT); Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

Vanesa Lowenstein; Bioleft; Centro de Estudios Interdisciplinarios de Derecho Industrial y Económico, Universidad de Buenos Aires / FLACSO

Fuente: Food Phreaking ISSUE 04: Seeds - (CC)

Nuestro mundo se enfrenta a complejos retos de sostenibilidad que amenazan no sólo nuestra capacidad para alimentar a una población creciente, sino también para nutrirla. La Revolución Verde y la introducción de sofisticadas innovaciones tecnológicas se consideraron en su momento la mejor manera de satisfacer las necesidades alimentarias de la población mundial. Por desgracia, este enfoque no se acerca a la satisfacción de estas necesidades y cada año hay más personas desnutridas, tanto de alimentos como de sabiduría.

Las semillas desempeñan un papel fundamental a la hora de afrontar este reto. Son el primer insumo para la producción de alimentos y una reserva de diversidad biocultural y sabiduría. Contienen la diversidad genética necesaria en caso de plagas y enfermedades de los cultivos. Las semillas almacenan décadas de conocimientos que se transmiten a través de generaciones y comunidades que han producido, criado e intercambiado

semillas. Las familias y los agricultores indígenas cultivan esta sabiduría transmitiendo recetas, prácticas, rituales e historias.

La división del trabajo en la sociedad a menudo ponía a las mujeres a cargo de recolectar, guardar, intercambiar y conservar las semillas. La transmisión de conocimientos a través de las semillas se convirtió en un instrumento para su comunicación. Las mujeres utilizaban las semillas como nutrientes: las comían, las cultivaban, las utilizaban como medicina e incluso como arte. Las semillas eran habituales en los productos femeninos, como los textiles, donde se elaboraban en forma de hilos multicolores en el proceso colectivo de tejer en las comunidades.

Las recientes transformaciones en la forma de producir, criar e intercambiar las semillas han provocado una gran pérdida de diversidad biocultural, de actividad cultural y de la sabiduría que conlleva. La aparición de nuevas tecnologías basadas en la genómica y la difusión en todo el mundo de estrictos derechos de propiedad intelectual que restringen el uso del material de semillas han provocado un cambio en el control: de los agricultores familiares a los agrónomos, las instituciones públicas y, hoy en día, sobre todo a las empresas privadas. La propiedad también ha pasado de las mujeres a los hombres. En la actualidad, sólo tres empresas agroquímicas dominan el cultivo comercial de plantas y los mercados mundiales de semillas. Las semillas se han convertido en un mecanismo para obtener beneficios empresariales.

Estos cambios de control plantean varios retos. Las empresas mundiales que ahora dominan el mercado centran sus esfuerzos de mejora en los grandes mercados de semillas comerciales. Se descuidan los cultivos menores, los entornos agroecológicos marginales y las necesidades de los pequeños agricultores (la mayoría de los agricultores del mundo), lo que se traduce en una menor diversidad de cultivos, variedades de semillas inadecuadas (para muchos agricultores) y una variedad mucho más reducida de sistemas

agrícolas. Las semillas también han salido de las casas, y con ellas se pierden también las recetas, las medicinas, las prácticas y las conversaciones asociadas. La sabiduría tejida por las semillas se está rompiendo.

Muchos grupos están preocupados por el futuro de las semillas y proponen alternativas para multiplicarlas, criarlas e intercambiarlas. La alternativa más conocida es el "banco de semillas". Los bancos de semillas pretenden almacenar y mantener la diversidad de las semillas que aún tenemos. Sus condiciones de frío y sequedad se consideran la forma más segura de conservar las semillas, pero están lejos de las comunidades y son inaccesibles para los agricultores y los grupos de mujeres que tradicionalmente cuidaban de las semillas. Aunque los bancos de semillas han contribuido a mantener la diversidad genética, no preservan la sabiduría cultivada y criada por grupos de abuelas y mujeres jóvenes. Los bancos de semillas son una muestra de cómo favorecemos la sistematización frente al conocimiento local. El conocimiento local es una forma de sabiduría que se basa en los cuentos hablados, la fabricación de joyas, la medicina y las recetas. Estas prácticas son muy difíciles de codificar. Eso puede ser algo bueno.

Surgen preguntas importantes cuando nos damos cuenta de que no es posible guardar todas las variedades de semillas que quedan en un banco. ¿Qué semillas se conservan? ¿Por qué se consideran más importantes que otras? ¿Quién decide qué semillas se conservan? ¿A qué tipo de agricultura sirven? ¿Quién es el propietario de esas semillas?

Algunas comunidades han encontrado una solución intermedia: las casas de semillas: depósitos locales vivos a pequeña escala donde la gente guarda las semillas para sus comunidades. Los agricultores pueden tomar prestadas las semillas para cultivarlas con la promesa de devolver la misma cantidad o más semillas al final de la temporada.

Este sistema tiene muchas ventajas. En primer lugar, la comunidad decide qué semillas son estratégicamente beneficiosas para su soberanía y, por tanto, cuáles conservarán. En segundo lugar, dado que las semillas circulan, se crían, se almacenan y se toman prestadas, están vivas y hay mucho menos riesgo de que pierdan su poder germinativo y se mueran. En tercer lugar, dado que las semillas son de su comunidad, los agricultores tienen el poder de decidir qué cultivar, cómo y qué adaptaciones co-desarrollar. Por último, esta forma de circulación de semillas es de mano a mano, de persona a persona y de palabra a palabra, lo que significa que permite conversar, transmitir conocimientos y compartir la sabiduría.

Las iniciativas del sector académico también pretenden desafiar los estrictos derechos de propiedad intelectual que se aplican a las semillas. Inspirándose en el software de código abierto, los grupos académicos han creado herramientas para gestionar las semillas.

Un ejemplo es Bioleft, una iniciativa argentina que facilita el intercambio de conocimientos relevantes para el desarrollo de nuevas semillas. Bioleft pretende conectar las capacidades dispersas existentes y crear otras nuevas permitiendo que una red de fitomejoradores del sector público, criadores independientes, agricultores y cultivadores orgánicos/agroecológicos intercambien, prueben y mejoren en colaboración el germoplasma novedoso en múltiples lugares.

Hay tres herramientas clave que se han desarrollado en Argentina para este propósito. En primer lugar, se han diseñado tres tipos de licencias de "acuerdo de transferencia de material" de código abierto para permitir el intercambio legal de semillas entre los participantes de la red, asegurando la libre circulación continua del material intercambiado y probado. En segundo lugar, se ha constituido una red formada por obtentores, asociaciones de agricultores y otros actores comprometidos con el desarrollo de esta iniciativa. Por último, la red ha coproducido una plataforma digital para

facilitar el intercambio de información, conocimientos y germoplasma entre obtentores y agricultores, así como el ensayo distribuido de germoplasma. La plataforma digital pretende permitir a los agricultores y a los obtentores comunicarse sobre las necesidades de semillas y rasgos, así como introducir y compartir datos sobre su rendimiento en diferentes contextos.

Al igual que las casas de semillas y Bioleft, existen múltiples iniciativas en todo el mundo que tratan de abordar los retos de sostenibilidad a los que nos enfrentamos como resultado de las transformaciones en la producción, el cultivo y el intercambio de semillas. Todas ellas tienen contribuciones que están trabajando para hacer un mejor sistema agrícola. Es esencial que las iniciativas respeten y potencien la soberanía de las comunidades y restablezcan las semillas como un bien común. Debemos trabajar rápidamente para conectar todas las iniciativas, para tejer una red de semillas que distribuya, socialice y honre la sabiduría que las mujeres han criado e intercambiado. Para mantener la diversidad biocultural, es necesario promulgar una normativa que no criminalice los intercambios de semillas y que, por el contrario, devuelva el poder de las semillas a las comunidades. Para ello, las semillas deben ser libres y deben volver a su lugar de origen. Con iniciativas como Bioleft pretendemos relocalizar a la gente con las semillas y el territorio.